

LA PENITENCIA

El viejo estaba postrado en un sofá cabizbajo con el periódico colgándole entre las manos. Su cabeza se ladeaba de vez en cuando por las cabezadas que daba en su siesta vespertina. Entre sueños recordaba amargamente lo que había sido su vida. En el centro de una pista de circo se encontraba con un látigo como un gran domador de leones. La fuerza de su carácter la blandía contra la piel de los animales salvajes. Toda su vida había sido un ejercicio de lucha contra el medio elemento y, por ello, durante la misma su cólera se había disparado hacia los escenarios en donde le había tocado vivir. Muchos eran los animales heridos, los enemigos que había dejado en su camino. Otros tantos lo miraban con una condescendiente misericordia. Y ahora estaba sólo en su casa, en una tarde de invierno acurrucado al lado de la estufa viendo como las heridas provocadas por su cólera le hacían mella. El último retazo, el final de su existencia era un ejercicio duro y extremo de penitencia. Todas esas personas que había herido con su fuerza sobrenatural lo ultrajaban, lo despreciaban, lo dejaban sólo, mal atendido. En uno de sus sueños de duermevera un resplandor se producía. Todos los desprecios acaecidos en el último tiempo eran cuentas de un rosario maravilloso. En su sueño aparecía en medio de un haz de luz con una sotana de fraile y un bello rosario. El rosario hecho por sus faltas en esta vida. Pasaba una a una las cuentas como piedras preciosas de su existencia. Cada cuenta era una perla, una penitencia por cada una de sus faltas. Y el viejo domador de circo reía porque al público le había gustado la última actuación de su vida.